
Dualidad y desencuentro en *Pedro Páramo*

I

Desde la publicación de *Pedro Páramo* en 1955, una vasta bibliografía crítica ha procurado sacar a la luz los múltiples significados que esta novela produce en cada nueva lectura y de acuerdo con la época en que ésta se practique. Su vigencia radica en que lejos de agotar las posibilidades de análisis, éstas aumentan con el tiempo de tal modo que la obra se reproduce y crece en la medida en que genera cada vez nuevos contenidos, inéditos e intrincados misterios que son estímulo para la imaginación crítica y para poner en marcha una interpretación más, sin importar si sus hallazgos pudieran coincidir o ser redundantes con respecto a otras lecturas anteriores o paralelas practicadas por otros lectores. Lo fundamental es la sugestión que provoca la obra para incitar a una aproximación adicional. A este respecto, *Pedro Páramo* es ya un «clásico» porque está recreándose continuamente en el acto de ser leído y a la vez está renovando sus propuestas o sugiriendo otras que implican la conjunción de lo real y lo presentido, de lo transparente y lo invisible, de lo singular y lo universal. Pues si por una parte hay una densidad de contenidos que remiten a la configuración histórica de México —como la orfandad, la carencia de identidad, la vigencia del feudalismo, la ausencia radical del otro, la presencia constante de la muerte, la prepotente ambivalencia del macho—, por la otra enlaza con una tradición temática recurrente, por lo menos, en la literatura occidental, como es la pérdida del Edén, la búsqueda del origen, la conciencia cristiana de la culpa, la dualidad del Padre, la amada imposible.

La importancia capital de esta novela radica, entonces, en el salto cualitativo que se ha operado a partir de elementos regionales que trascienden su propio campo semántico al estar revestidos de nuevas funciones y significados, al cumplir con otros objetivos que superan, en mucho, el mero acto de enunciar una determinada realidad. Así, a través de un cacique y de unos personajes vernáculos, vuelven a tener actualidad, en el ambiente rural mexicano, los mitos del pecado, la culpa, la caída, el retorno y la condenación. Realidad y mito establecen una estrecha relación en la que una y otro se unen para complementarse y ofrecer, de este modo, una imagen más compleja y rica de un contexto particular en cuanto que éste no está descrito, sino sólo sugerido o aludido, en ambos casos, subrayando su ambigüedad, para encontrar, por tanto, su verdadero valor connotativo dentro y no fuera del texto.

La novela nos propone la experiencia límite de fundar un orden en un espacio donde ha sido abolida la coherencia e impera la irracionalidad como es el de la realidad del país, verdadero centro motivador de su escritura, como lo ha estudiado extensa-

mente Jorge Ruffinelli ¹. Consecuentemente, no sólo existe una explícita equivalencia entre el entorno social y las referencias que se hacen de él por medio del material que Rulfo ha transformado literariamente para ofrecer una imagen catastrófica de la vida mexicana, sino que esta relación es más compleja y menos evidente por el hecho de que la estructura de la novela manifiesta un fragmentarismo que tiene el carácter indicativo de mostrar elípticamente la desintegración de la sociedad a la que alude.

Pero la fragmentación en Pedro Páramo es sólo aparente. Bajo la supuesta incongruencia que trastorna al lector común subyace un orden estricto de significados que se complementan, sea por semejanza o por oposición, para integrar unidades de sentido cuyas relaciones no surgen siempre de inmediato pues no dependen de factores causales ni están determinadas por enlaces evidentes o por precisiones cronológicas; tampoco por las voces narrativas, que sólo gradualmente descubren la identidad de sus referentes o por una interpretación realista de los problemas humanos. Son otras las coordenadas que rigen este entramado donde convergen tiempos, espacios, conceptos, símbolos y mitos que oponiéndose a veces entre sí encuentran, sin embargo, su correspondiente integración mediante funciones simétricas que tienen valor equivalente; así, por ejemplo, la búsqueda estéril del Padre es una acción paralela a la búsqueda no menos inútil de la Amada por parte del cacique, y la obsesión por Susana San Juan es, recíprocamente, el recuerdo erótico de Florencio que la domina. Es, en este constante juego de similitudes, emparentadas por idéntica pérdida y frustración, lo mismo que en la variedad de perspectivas y enfoques para presentar un mismo acontecimiento, así como en las diferentes historias que van yuxtaponiéndose hasta formar un solo coro de lamentos, donde radica el dinamismo de la novela, contraponiéndose, por consiguiente, la realidad plurivalente y trascendental del texto, que es obra artística, a la realidad inmóvil, anacrónica y enajenada, que es resultado de una política inhumana.

Pedro Páramo se erige, así, en una estructura cambiante a partir de un referente inmutable y opresivo como es el campo jalisciense. Su sensibilidad e intuición le permitieron a Rulfo captar, en las atrocidades de este medio, implicaciones relacionadas con el sinsentido de la existencia, es decir, con una concepción ideológica más general que tiene que ver con el destino del hombre y su razón de ser en la tierra. Su visión es, sin duda, trágica, porque la historia de México lo es de suyo con los rasgos más sobresalientes que la caracterizan como es la dualidad y el desencuentro. Dualidad porque a partir de un corte supuestamente vertical que infirió la conquista, en nuestro sincretismo, convergen la tradición hispánica, conformada de acuerdo con los fines del catolicismo, y la tradición indígena, sustrato oscuro y tumultuoso, como un río subterráneo, que es el invariante del inconsciente colectivo de la población indígena y mestiza. Bajo el relumbre de la modernidad, ese pasado ancestral acomete desde las sombras donde fue arrojado, asumiendo las más insólitas formas e investiduras: la violencia, la fatalidad, el estoicismo, la fantasía escatológica, el folklore santuario, la convivencia de vivos y muertos, el sacrificio; todas estas fuerzas reprimidas que sólo la Revolución liberó momentáneamente para devolverlas a las profundidades de

¹ JORGE RUFFINELLI: *El lugar de Rulfo*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1980.

nuestro ser, a su anonimato, sin conseguir integrar la parte oculta y desdeñada, pero viva, con la parte modificada y aceptada, pero ajena, por lo que la máscara sustituyó al rostro ², son la materia básica y elemental actuante como presencia arrolladora en *Pedro Páramo*. Esas pordioseras estériles, esos hijos sin padre reclamando afecto, esos hombres violentos y feroces que destrozan honras y asesinan, esos seres humillados que padecen sin esperanza, esas inmolaciones inútiles de hombres y mujeres signados por la fatalidad de no hacer viables sus ensoñaciones, esas crueldades infligidas y recibidas que crean la atmósfera opresiva del relato, conducen al origen de la irracionalidad que tiñe nuestro curso histórico como confluencia de lo indígena y lo español.

No es posible pasar por alto la intrahistoria del país al tratar de encontrar razones que expliquen la originalidad de esta novela, pues es bien sabido que el mito empieza donde la historia termina o calla cuando no responde a nuestras preguntas. Es entonces en el mito donde podemos reconocernos y reencontrar las raíces perdidas. Desde este punto de vista, *Pedro Páramo* consigue alcanzar la dimensión del mito al trascender la descripción realista y testimonial fundiendo la tradición indígena y occidental en personajes, temas, motivos y acciones que son, también, la suma de otras culturas. La figura dominante del Padre, la expulsión de la pareja original, la errancia de los hijos sin filiación, el deambular de las almas en pena, el sufrimiento atroz de los condenados, el parricidio como acto de justicia..., son formas en que el pensamiento mítico se expresa y afirma la existencia de una realidad paralela ³.

La tarea poética de Rulfo consistió, justamente, en transformar ese magma en signos literarios equivalentes que permiten el reconocimiento de nuestra alteridad, de esa realidad invisible e inadmisibile que por los años en que se publica la novela sólo José Revueltas ya había intuido en *El luto humano*, editado en 1943, que el fondo que conflictúa nuestra vida pública es la permanencia de atavismos exasperados por un sistema que ha prolongado en el campo estructuras económicas y sociales propias del feudalismo. Estos anacronismos explican, en *Pedro Páramo*, el hecho de que el imperio del cacique no sea modificado por la Revolución ni por los acontecimientos que siguieron a su término. Asimismo, los vivos y los muertos que vagan por las calles

² Está por demás decir que las alusiones a la «máscara» son frecuentes en la narrativa mexicana, desde algunas novelas pertenecientes al ciclo de la Revolución hasta las más recientes: su significado siempre es el mismo como término que designa impostura, simulación, artificio, ambigüedad. También es una manera de aludir a actitudes emboscadas, retorcidas y tramposas. Es, si bien se ve, el misterio personificado. ¿Y no es significativo que sea precisamente en México donde el luchador enmascarado tiene especial preponderancia en el deporte de la lucha libre? ¿Y que se le nombre «tapado» al desconocido sucesor del presidente de la República hasta que éste lo «destapa» antes de iniciar su campaña política? Tanto Octavio Paz como Carlos Fuentes han abordado con amplitud, en buena parte de su producción literaria, lo que significa la máscara como actitud vital. En el caso de *Pedro Páramo*, éste se presenta como la ambigüedad misma, pues nunca mostrará sus verdaderos sentimientos. Para quienes lo rodean morirá como un misterio indescifrable.

³ Al respecto, me remito a los siguientes trabajos: JULIO ORTEGA: «La novela de Juan Rulfo: suma de arquetipos», en Joseph Sommers (comp.), *La narrativa de Juan Rulfo. Interpretaciones críticas*, México, Col. SepSetentas, núm. 164, 1974, págs. 76-87; JOSEPH SOMMERS: «A través de la ventana de la sepultura: Juan Rulfo», *ibid.*; CARLOS FUENTES: «Mugido, muerte y misterio: el mito de Rulfo», en *Revista Iberoamericana*, Pittsburgh, julio-diciembre de 1981, núms. 116-117, págs. 11-21.